

*rador*; 2º prohibia esponer en las iglesias el cuadro con estas palabras; *King-tien, adorad el cielo*; 3º declaraba que la esposicion dirigida á Alejandro VII se separaba de la verdad en muchos puntos; 4º suspendia la asistencia á los sacrificios ú oblaciones que se hacian dos veces al año, en honor de Confucio y de los muertos; 5º ensalzaba á los misioneros que habian proscrito las tablillas; 6º condenaba algunas proposiciones que habian aventurado los jesuitas; 7º encarecia en gran manera desconfiar de las supersticiones de los autores chinos. Por último, declaraba que, por lo concerniente á lo pasado, estaba muy distante de condenar á los que habian tolerado algunas ceremonias, reconociendo que no era nada estraño que no hubiesen estado todos acordes sobre materias tan delicadas. A pesar de la moderacion y sabiduría de esta conclusion, esta orden hizo mucho ruido, y fué causa de muchísimas quejas. Los jesuitas murmuraban altamente por haber pretendido Maigrot decidir por sí solo tan importante cuestion. Dividiéronse con esto los misioneros que se hallaban en la China. Los dominicos, franciscanos, los ministros franceses de las Misiones estrangeras, y los obispos escogidos de entre ellos, Quemener, obispo de Sura; de Cicé, obispo de Sabula; de Lionne, obispo de Rosalia; Labbé, obispo de Tilópolis, etc., etc., se declararon por una parte, y por otra todos los jesuitas, á los cuales se asociaron dos obispos, tales fueron el de Ascalon y el de Basilea. Entonces

se inflamó mas que nunca la controversia, y entrambos partidos sostuvieron su opinion respectiva con tal fuego que no siempre estuvieron en armonía con la caridad. De nuevo fué trasladada á Roma la decision de este negocio. Inocencio XII nombró una congregacion para que se ocupase en él. Escogióronse diputados de una y otra parte para sostener su opinion respectiva. Alegaban los jesuitas su antigüedad en la mision, su conocimiento de los libros y espíritu de la nacion china, la dificultad de hacerla renunciar ciertos hábitos que aprecia mucho, el inconveniente que resultaria para la propagacion de la fe proscribiendo absolutamente estos hábitos, la práctica, en fin, de muchos célebres misioneros de la sociedad. Respondian sus adversarios que ninguna razon podia hacer tolerar prácticas supersticiosas. Estaban sostenidos en Europa por una multitud de doctores de la facultad de teología de París, y esta facultad condenó, el 18 de octubre de 1700, muchas proposiciones extractadas de una obra que habia publicado un jesuita en favor de las misiones chinas. Mezclábase en estas discusiones una acrimonia y animosidad muy desagradables. Virulentos enemigos de los jesuitas trazaban la conducta de estos con los mas negros colores, exageraban sus faltas, y los acusaban de idolatría; al paso que mas bien se les podia inculpar por sus contemplaciones escesivas, por su prudencia humana, ó por su dejadez. Estos, por otra parte, viéndose perseguidos

con demasiado encarnizamiento, se defendieron con demasiada obstinacion. Imagináronse que les asistia la razon en el fondo, por dejarla detener sus adversarios en la forma, y se obstinaron tanto mas en su opinion, quanto vieron que los que los estaban combatiendo no los comprendian, y obraban sin buena fe. Una estrema injusticia promueve el resentimiento y la rebelion. Esto es lo que esplica, á lo que parece, la prolongada resistencia de los jesuitas. Lejos de nuestro ánimo esmerarnos en presentar esta corporacion culpable, pues la tenemos en mucha estima, y proclaremos sus servicios mas de una vez; mas los hechos deponen aquí contra muchos de sus miembros. Ya dijimos en la primera edicion, con respecto á este particular, todo lo que nos habian enseñado nuestras investigaciones. Muchas reclamaciones hemos recibido de su parte, alegándonos las apologías que han publicado diferentes escritores de la sociedad. Mas estas apologías no pueden paliar las sinrazones de los jesuitas. Hállanse en sus mismas obras las pruebas que los condenan. Las *Memorias* del padre de Avrigny, y la coleccion de *Cartas edificantes* están deponiendo contra sus autores.

El Tong-King, reino situado entre la China y la Cochinchina, ha sido el teatro de una mision floreciente, cuyo origen se remonta hasta principios del siglo XVII. Los jesuitas arraigaron en él los primeros las raices de la fe, la que en medio de una frecuente alternativa de persecucion y paz

hizo progresos extraordinarios. Contábanse en este pais en 1701 doscientos mil cristianos. Pallu, del cual hemos hablado ya, fué el primer obispo que pareció en esta comarca, y cuando sucumbió á sus fatigas, fué reemplazado por Deydier y de Bourges, obispos de Ascalon y de Auren, los cuales dirigieron de consuno esta mision. Mucho tuvo que sobrellevar de parte de los Portugueses, zelosos de los trabajos de los misioneros el último prelado. Desterráronlo del Tong-King, donde dejara á Belot, tambien misionero, cuya infatigable animosidad fué utilísima á la religion católica. Harta ocasion tendremos de hablar de los obstáculos que se atravesaron contra esta iglesia naciente, durante el siglo que estamos recorriendo.

La Cochinchina, otro reino situado al mediodia del Tong-King ha recibido á la par la predicacion del Evangelio, nombrando tambien la santa Sede vicarios apostólicos para dirigir esta mision, que se habia hecho ya importante y numerosa. Y todavía floreciera mucho mas luego que los misioneros franceses fueron á derramar por aquel pais el mismo celo y sacrificios que estaban derramando en las comarcas circunvecinas. El obispo de Metellópolis, Laneau, residió en este pais algun tiempo, tuvo un sínodo en Fayfo y consagró el obispo Mahot, el cual trabajó en esta mision con grande éxito, muriendo con visos de Santidad. Marin Labbé gobernó, poco tiempo despues la misma mision, bajo el título de obispo de Tilópolis. Es-

perimentaron los cristianos de vez en cuando algunos reveses de los que hablaremos en otra parte.

No debemos contar las islas Filipinas entre los paises de mision, puesto que su religion dominante es la católica. Dueños los Españoles de estas islas han levantado en ellas establecimientos eclesiásticos. Manila, su capital, es tambien la metrópoli y tiene bajo su jurisdiccion tres sillas episcopales, Cáceres, Nombre de Jesus, y Nueva Segovia. Tambien hay en Manila conventos, colegios, estando organizado el clero bajo el mismo pie que en Europa.

Las misiones de Africa ni son muy numerosas, ni muy considerables. Argel poseia una casa de ministros de san Lázaro, fundada por la duquesa de Aiguillon. Los Españoles tenian un obispo en Ceuta. Tambien habian establecido los Portugueses algunas sillas episcopales en diferentes puntos de las costas, en san Salvador, capital de Congo, y en san Pablo de Coanda; se hallan muchos cristianos en estas dos ciudades. Era el rey de Congo católico, y muchos pequeños príncipes de los alrededores protegian á los misioneros. Hay breves de Clemente XI que encarecen su celo y benevolencia. La isla de Madera, las islas Canarias, las del Cabo-Verde, están pobladas de católicos y han erigido sillas episcopales en algunas. Luis XIV habia mandado misioneros al Senegal, entre los cuales se cuenta el padre Lachere, franciscano. Habia este escrito la historia de sus viages, que no ha salido

á luz. Proseguíase constantemente á la sazón el rescate de los esclavos. Obra tan hermosa y tan honorable para la religion no podia menos que ocupar á los hombres mas caritativos y celosos. En 1700, los religiosos de la Redencion de cautivos habian hecho un viage á la Barbaria, y habian conducido de Trípoli, de Tunis y de Argel, una multitud considerable de esclavos. La relacion que se ha publicado de este viage manifiesta el estado deplorable de los pobres católicos de estos paises.

Si el Africa, donde el estado de la religion fué un tiempo tan brillante, ha perdido hoy dia este don precioso, la América que no la habia conocido en los tiempos antiguos, la ha recibido en épocas recientes. Sucesivamente se introdujo en ella la fe, merced á los esfuerzos de virtuosos misioneros, que se empeñaban en hacer olvidar con sus beneficios las crueldades y rapiñas de sus compatriotas. En vez de hacer la guerra á los Indios, se presentaban entre ellos con un lenguaje de paz, y procuraban morigerar sus costumbres y regular su conducta. Empezando por el norte hallamos en primer lugar el Canadá, mas recientemente poblado, el cual debe interesarnos mas por el doble motivo de ser cristianos y franceses. Hasta el reinado de Luis XIII no llamó la atencion general este pais, y es digno de advertir que la piedad mas bien que la política dirigió el primer proyecto de esta colonia. Por espacio de muchos años hubo la noble emulacion sobre quien concurriria mas ven-



tajosamente á los progresos del cristianismo en esta parte del Nuevo-Mundo. Todo lo que habia de mas distinguido en la corte, princesas, hasta la misma reina se dejaron llevar de estos arranques religiosos. Pusieron en marcha muchos misioneros para ir á predicar á los salvages. El comendador de Sillery, cuyo nombre se encuentra constantemente á la cabeza de todas las buenas obras de estos tiempos, hizo edificar á su costa, no muy lejos de Quebec, una aldea que destinara á los Indios convertidos, la cual lleva todavía su nombre. La duquesa de Aiguillon quiso ser la fundadora del hospital de Quebec, mandándole religiosas hospitalarias de Dieppe. Una viuda joven de Alençon, madama de la Peltrie, se encargó de la fundacion de un convento de Ursulinas, que debia consagrarse á la instruccion de las muchachas: empleó en ello su fortuna. Una asociacion de muchas personas piadosas de la capital emprendió establecer en grande en Mont-Réal lo que se habia hecho en pequeño en Sillery; recogiendo á todos los salvages que quisiesen hacerse cristianos y civilizarse. Enviáronse allí colonos, dotados de mansedumbre y piedad, con cuyas calidades se atrajeron á muchos salvages y se pobló la isla. Nada contribuyó mas al buen éxito de este establecimiento, notable por su gran espíritu de religion, que la conversion de un gefe Algonquino: fundóse en esta isla un seminario y un hospital. Al mismo tiempo se derramaban tambien jesuitas entre los

salvages. Iban predicando alternativamente ora á los Hurones, ora á los Iroqueses, ya á los Algonquines, ya en fin en otras tribus indias. Estendiéronse á la par mas lejos y fundaron misiones en el Estrecho, en Michillimakinak, y en otros lugares en las riberas de los grandes lagos. Mas de una vez sellaron con su sangre sus trabajos apostólicos. Los padres Jogues, de Brébeuf y Lallemand perdieron la vida á manos de los mismos á quienes traian la paz y la salvacion. Comunicóse su celo á muchos otros eclesiásticos franceses: hombres de distinguida nombradía, renunciaron á las esperanzas que les podia hacer concebir su nacimiento para consagrarse á las misiones. Tales fueron los abates de Laval, de Urfé, de Queylus, de Lionne, de Fenelon, de Cicé, etc. El primero fué nombrado vicario apostólico del Canadá, bajo el título de obispo de Petrea. Estableciéronse los demas en las poblaciones nacies del pais. Erigiéronse curatos, y se obtuvo de la santa Seda la ereccion de una silla episcopal de Quebec. Fué su primer obispo el abate Labal, el cual gobernaba esta mision muchos años hacia, habiéndose hecho digno por sus trabajos y virtudes de un destino, mas propio para satisfacer el celo que la ambicion. Construyóse la iglesia catedral, el obispado, el seminario, el hospital, el colegio de los jesuitas, el convento de los Recoletos y el de Ursulinas. Edificábanse en Mont-Real análogos establecimientos. En 1690 se edificó en la ciudad baja de Quebec, una nueva iglesia en

memoria de la libertad de esta poblacion, amenazada por los Ingleses. Formáronse parroquias en Trois-Rivieres, en la isla de Orleans y en otros muchos lugares, organizándose el clero bajo un pié durable y regular. Encargáronse especialmente de los colonos franceses, los eclesiásticos seculares, al paso que los jesuitas iban á predicar á las tribus del pais. El obispo de Quebec ofrecia á todos el ejemplo de una vida laboriosa. Visitaba su diócesis, caminando á pié, como un simple misionero, instruyendo su grey, estableciendo pastores y acudiendo á todas las necesidades de la colonia. Creyérase ver en él á un obispo de los primeros tiempos, convirtiendo á los paganos con el ardor de su celo y escelencia de sus virtudes. Mas, agoviado bajo el peso de sus achaques, consecuencias de sus trabajos escesivos, hizo de Laval su dimision en 1685 y se retiró en Francia, donde murió en 1708 ya muy avanzado en edad. Mostróse su sucesor digno de ocupar el destino de tan respetable prelado. Tal fué Juan Bautista la Croix-Chevrières de Saint-Vallier, cuyos beneficios no se han de olvidar en el Canadá. Fundó en 1693 el hospital general de Quebec, cuyo terreno compró, mandando luego echar sus fundamentos. Gastó cien mil escudos para este establecimiento, donde quiso residir, alquilando en provecho de los pobres el palacio episcopal que tambien habia hecho edificar. Hasta no ponia ningun reparo en servir de limosnero tanto al hospital como á los religiosos. Fundó igualmente un

hospital en Trois-Rivieres, donde estableció cuarenta Ursulinas, las cuales estaban á la par encargadas de la educacion de las niñas. Mucho tiempo estuvo separado de su rebaño este caritativo pastor, por cuanto cayó en poder de los Ingleses, en la guerra de sucesion, cuando regresaba de Francia á Quebec, con otros muchos eclesiásticos á quienes habia empeñado á que le siguiesen. Ocho años permaneció prisionero en Inglaterra, y no lo rescataron hasta 1713, regresó entonces en su diócesis y murió en Quebec en 1727. En los primeros tiempos del establecimiento del cristianismo en estas comarcas, se echaron de ver en ellas ejemplos brillantes de piedad y de fervor, apóstoles infatigables, mártires de la fe, neófitos generosos, y fieles vírgenes. Hanse publicado, relativamente á este particular, interesantes relaciones, al mismo tiempo que la vida de algunos confesores y mugeres cristianas que se distinguieron por su eminente santidad; tales fueron entre estas últimas, una señora llamada Martin de Tours, ursulina, la cual feneció reputada por santa; otra religiosa nacida en Normandia y una joven Iroquesa llamada Catalina Tegahkonita, á quien describen como un angel sobre la tierra las *Cartus edificantes*. Estas mismas Cartas forman parte de los pormenores circunstanciados acerca de las misiones de los jesuitas entre los salvages, y mas de una vez se admiran en ellas algunos prodigios de la gracia.

Tambien habian establecido los Franceses la re-

ligion católica en la Acadia, en la isla Real, y en la isla San-Juan; mas nunca pudieron florecer semejantes establecimientos. Habia con todo en Acadia bastante número de católicos, y el pais, aunque cedido á los Ingleses en 1713, ha proseguido, en cuanto á lo espiritual, siendo dirigido por eclesiásticos que le enviaba el obispo de Quebec. Las dos islas, que tambien cayeron en poder de los Ingleses, han continuado poseyendo algunos ministros católicos para el uso de los habitantes de origen francés que han permanecido adictos á su religion.

Pocos católicos habia en las posesiones inglesas; sin embargo encerraba el Maryland un cierto número, los cuales habian venido de Baltimore, y estaban cuidados por los jesuitas ingleses. Ya los veremos multiplicarse al fin del siglo. Andres White, jesuita, fué el primer misionero que, en 1607, se enviara á este pais, donde permaneció diez años: perseguido despues por los protestantes, fué por fin enviado preso á Inglaterra con otros dos misioneros de la misma orden, los cuales tuvieron que soportar muchas penas, durante su cautiverio en Londres: por último fué desterrado. Pidió por volver al Maryland, y nunca lo pudo obtener de sus superiores; regresó á Inglaterra, donde murió al cabo de diez años, el 27 de setiembre de 1655, habiendo cumplido unos 80 años. Habia convertido á un príncipe indio, y compuesto un catecismo con algunos escritos mas en esta lengua. Era á la

verdad un misionero perfecto, humilde, paciente y celoso.

La Luisiana, poco tiempo hacia descubierta, no ofrecia aun ningun establecimiento considerable, puesto que hasta por los años de 1717 no se empezó á echar los fundamentos de la Nueva-Orleans. Habia ya, sin embargo, en ella misioneros que habian predicado el Evangelio á las tribus indias, habiendo ya convertido á muchos salvages. Con el tiempo tuvo Nueva-Orleans establecimientos eclesiásticos estables. Los capuchinos y jesuitas tenian un convento en ella. Mas tarde, hechos dueños de esta isla los Españoles, establecieron en ella una silla episcopal. Los jesuitas tenian ademas una mision bastante floreciente en los Natchez, la cual fué destruida despues en la revolucion de este pueblo, que pasó á cuchillo á todos los Franceses.

Las posesiones españolas del continente disfrutaban desde mucho tiempo del ejercicio lleno y entero de la religion, hallándose con respecto á esto organizado todo bajo el mismo pie que en Europa. Habíanse erigido en ella obispados. El arzobispo de Méjico tenia nueve sillas sufragáneas; el de Lima, en el Perú, tenia ocho; el de Santa-Fe, en el nuevo reino de Granada, tenia tres, y el de la Plata cinco. El clero de estos paises es muy rico, y sus iglesias abundan en tantos adornos, como en buenas rentas sus conventos. El Perú ha dado á la Iglesia muchos y grandes ejemplos de santidad. Un arzobispo de Lima, junto con algunos misioneros

y religiosos del mismo país, han obtenido los honores de la canonización. A más de los países ocupados por los Españoles, hay también misiones establecidas en los pueblos indígenas que todavía subsisten. Haylas en California, donde han conseguido los jesuitas convertir colonias enteras, civilizándolas y reuniéndolas en poblaciones, de las cuales son ellos los pastores y jefes. Las costas de la California están cubiertas de estos establecimientos bastante semejantes á las *Reducciones* del Paraguay. Este último nombre nos recuerda las maravillas que obraron en este país los misioneros de la sociedad, y, aun cuando esta no hubiese reportado otro servicio desde su creación, sería este suficiente para merecerle la gratitud de la religión y humanidad. Solo con un prodigio de paciencia, de habilidad y de virtud, consiguió introducir en el Nuevo-Mundo el conocimiento y práctica de los preceptos del cristianismo, de por junto con los beneficios de la civilización. Data la fundación de las misiones del Paraguay desde 1610. Dos padres jesuitas, Cataldino y Maceta, formaron este año la primera de las *Reducciones* en los Guaranis, pueblos nomadas de la América meridional. Esta *Reduccion*, nombre que se dió á esta clase de establecimientos, fué la predecesora de muchas otras. Los reyes de España favorecieron esta empresa, por cuanto era igualmente ventajosa para ellos y la religión. Sometiéronseles los Indios de las *Reducciones*, les pagaron un escudo por cabeza, no con-

tando sino los hombres en estado de empuñar las armas, y así fueron por la parte del Brasil la más segura barrera de las posesiones españolas. Cada *Reduccion* tiene dos jesuitas; el mayor de edad es el pastor principal, y el más joven se forma bajo los auspicios del primero para las mismas funciones. Entrambos están encargados del pormenor de los negocios; lo cual deben tanto al ascendiente de sus virtudes como al de sus conocimientos. No es seguramente una prueba poco fuerte de su habilidad y celo el haber reunido tantos pueblos dispersos, civilizado á tantos salvajes, haberles hecho consentir en someterse á la autoridad, morigerado sus costumbres, corregido sus vicios, y abierto sus ojos á la luz del Evangelio. Cuando uno contempla el orden establecido en estas *Reducciones*, la paz y la unión que reina en ellas, la vida dulce y tranquila que pasan los Indios, los trabajos útiles á que se entregan, todas las precauciones que se toman para conservar el bien estar, la calma y la alegría; y cuando se compara este estado feliz con aquel en que vivían antes estos pueblos errantes, y siempre en guerra los unos con los otros, no puede uno menos que admirar un cambio tan sobremano sorprendente. Y cuando se asocian á estas ventajas las de la religión, y se ve á estos pueblos, poco hace sumergidos en las tinieblas de la idolatría, elevarse á la práctica de las más bellas virtudes del cristianismo, no se puede menos que bendecir á los autores de una obra que es verdaderamente